

LOS
INKLINGS

C. S. LEWIS, J.R.R. TOLKIEN,
CHARLES WILLIAMS y sus amigos

HUMPHREY
CARPENTER

minotauro

LOS INKLINGS

C.S. LEWIS, J.R.R. TOLKIEN,
CHARLES WILLIAMS
y sus amigos

Humphrey Carpenter

minotauro

LOS INKLINGS

C.S. Lewis, J.R.R. Tolkien, Charles Williams y sus amigos
Humphrey Carpenter

Publicado originalmente en inglés por HarperCollins Publishers Ltd. con el título
The Inklings: C.S. Lewis, J.R.R. Tolkien and Their Friends
© George Allen and Unwin (Publishers) Ltd 1978, 1981

Humphrey Carpenter reconoce su derecho moral a ser identificado como autor de esta obra

© Traducción de Martin Simonson, 2024

Diseño de colección de Coverkitchen

Diseño de cubierta: Book & Look

© Imagen de cubierta: Bill Potter / Camerapress / ContactoPhoto

y © Alexey Tyurin © FenlioQ, © Andrei Nekrassov / Shutterstock

Esta edición ha sido publicada de acuerdo con HarperCollinsPublishers Ltd.

Ubicación de Editorial Planeta, SA.

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 1991, 2024 Editorial Planeta, SA,
sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1723-4

Depósito legal: B. 8.386-2024

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Insíscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

www.sociedadtolkien.org

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	11
Primera parte.....	15
1 Ah, la gente que habla tu propia lengua.....	17
2 ¿Qué? ¿Tú también?	49
3 <i>Mitopoeia</i>	63
4 El tipo de cosas que un hombre podría decir	83
Segunda parte.....	123
1 <i>C. W.</i>	125
2 Un tremendo flujo de palabras.....	169
Tercera parte	185
1 Son buenos para mi mente	187
2 No teníamos nada que decirnos	199
3 Las noches de los jueves	211
4 Un zorro que no está ahí.....	253
5 <i>Hwaet! We Inclinga</i>	285
Cuarta parte	333
1 Nadie apareció	335
2 <i>Mientras no tengamos rostro</i>	383

Apéndices	
Apéndice A: Notas biográficas	417
Apéndice B: Bibliografía	427
Apéndice C: Fuentes de citas	437
Apéndice D: Agradecimientos	461
Índice.....	465

AH, LA GENTE QUE HABLA TU PROPIA LENGUA

Desde la ventana de la habitación de los niños se veía una línea de montañas largas y bajas. La vista a menudo estaba emborronada por una ligera niebla, porque el tiempo generalmente era húmedo, y en muchos días, las colinas estaban completamente tapadas por una lluvia oblicua. En esas ocasiones, todo lo que el niño podía ver eran los campos empapados que se extendían cuesta abajo hacia Belfast, donde las altas grúas señalaban el lugar de los astilleros, cuyo murmullo se oía incluso a esta distancia.

Incluso en los días de lluvia había muchas cosas que hacer. Fuera de la puerta de la habitación había largos pasillos que se extendían por la primera planta, áticos por explorar, juegos esperando entre los borbotantes depósitos de agua, donde el viento soplabajo el empizarrado. O si el niño se cansaba de eso, podía hacer dibujos o inventar historias, o redactar el diario de sus vacaciones.

«Mi vida durante las vacaciones de Navidad de 1907, de Jacks o Clive Lewis. El autor de *La construcción del paseo*, *Tierra de Juguetes*, *Las carreras vivas de la tierra de los ratones*, etc. Mi vida comienza a partir de mi noveno cumpleaños. En el cual recibí un libro de Papito y un álbum para postales de Mamita. Warnie (mi hermano) venía a casa y tenía ganas de verlo, y ganas de las vacaciones de Navidad».

El niño había sido bautizado con el nombre de Clive, pero siempre se llamaba a sí mismo Jacks o Jack. Su hermano Warnie, cuyo nombre real era Warren, le sacaba tres años, e iba a un internado en Inglaterra. Jack siempre tenía ganas del regreso a casa de Warnie, porque entonces podían dibujar juntos o inventarse historias. A Warnie le gustaban las historias sobre barcos de vapor y trenes y la India, mientras que a Jack le gustaba escribir sobre animales que realizaban hazañas heroicas. Eso sí, normalmente conseguían meter todo eso en una misma historia. Cuando Warnie estaba en Inglaterra, Jack seguía con las historias solo, cuando no aprendía cosas de Miss Harper, la institutriz, o de su madre, quien le enseñaba francés y latín.

«Mamita es como la mayoría de las señoras de mediana edad: maciza, pelo castaño, kon gafas, se dedica principalmente a acer punto, etc. etc. Papito es el hombre de la casa, claro, y un hombre en el que se ven los rasgos fuertes de los Lewis: malhumorado, muy sensible, simpático kuando no está enfadado. Yo soy como la mayoría de los niños de 9 y soy como Papito, malhumorado, labios gruesos, delgado y por lo jeneral yevo jersey».

Su padre, que trabajaba como abogado en Belfast, tenía un humor cambiante, y Jack estaba más cómodo con su madre, siempre ecuánime en su comportamiento tranquilo y afectuoso. Pero era su padre quien había comprado los cientos de libros que adornaban el estudio y el salón y la entrada, acumulados en dos filas en las baldas del rellano de las escaleras, y llenaban los pasillos y los dormitorios. Jack los hojeaba casi todos, de uno en uno. Un día encontró los siguientes versos en un poemario de Longfellow:

Oí una voz que clamaba
Balder el hermoso
Está muerto, está muerto

Nunca había oído hablar de Balder, pero las palabras le transmitieron una sensación extraordinaria, una noción de las vastas y frías extensiones de un cielo norteño. No terminaba de entender exactamente qué sentía, y cuanto más intentaba volver a atrapar la sensación, más se le escurría.

Había muchos más libros para leer: los relatos de Beatrix Potter, los Viajes de Gulliver en un gran volumen ilustrado, y relatos de Conan Doyle y Mark Twain y E. Nesbit. En verano había pícnicos en las colinas y días de playa, y siempre había algo que hacer en la gran casa, por lo que el tiempo pasaba veloz en una constante y rutinaria felicidad.

Entonces, una noche poco después de su noveno cumpleaños, se despertó con dolor de cabeza, y su madre no acudió cuando la llamó. Había luz en su habitación y un ajetreo de doctores y enfermeras. Tenía cáncer. Jack rezó para que Dios la curase, pero la enfermedad no abatió. El día que falleció, el calendario de su habitación (que tenía una cita de Shakespeare para cada día) llevaba las palabras: *Los hombres deben soportar la partida de este mundo, igual que soportan la llegada*. Después de esto, todo cambió. Jack aún tendría momentos de felicidad, pero la vieja sensación de comodidad había desaparecido. Tal y como él dijo: «Ahora solo quedaban islas en el mar. El gran continente se había hundido como la Atlántida».

Primero llegó la incomodidad de tener que llevar un apretado collar tipo Eton, unos pantalones bombachos y un sombrero hongo; después el *clop-clop* del carruaje de cuatro ruedas que llevaba a él y a su hermano al puerto de Belfast; luego la travesía del mar, seguida de su primer avistamiento de Inglaterra, que parecía un paisaje tristemente llano tras las colinas irlandesas; y finalmente, el internado.

La Escuela Wynyard del condado de Hertfordshire había sido relativamente buena cuando Warnie fue enviado allí por primera vez, pero para cuando Jack se unió a su hermano

mayor, estaba deteriorándose con la progresiva locura de su rector. Durante los siguientes dos años, Jack tuvo que soportar una enseñanza tremendamente incompetente, comida muy pobre, saneamientos apestosos, azotes arbitrariamente infligidos y un miedo constante. Fue una horrible introducción al mundo exterior, y el único resultado bueno fue que los dos hermanos se unieron más para protegerse mutuamente. Para cuando la escuela finalmente se hundió y el rector fue declarado loco de manera oficial, Warnie ya se había trasladado a Malvern College; el hermano menor fue enviado a una escuela en Belfast por un breve período de tiempo, y después a otra escuela en Inglaterra.

Mientras tanto, Jack seguía devorando libros. A la edad de quince años había descubierto la mayoría de los poetas ingleses. Encontró una edición ilustrada de *La Reina Hada* en formato grande, y le maravilló. Los romances de William Morris le encantaban. Lo mejor de todo fue cuando un día encontró una ilustración de Arthur Rackham de Sigfrido y el Ocaso de los Dioses, y tuvo la misma sensación que había experimentado cuando leyó, por primera vez, los versos de Longfellow sobre Balder. «Fui envuelto en una “nortindad” pura», dijo; e inició una búsqueda de todo lo que tuviera que ver con el Norte. Libros sobre los mitos nórdicos, una sinopsis de las óperas del *Anillo*, la propia música de Wagner; todo alimentaba su imaginación. Poco después, ya estaba escribiendo su propio poema basado en la historia de los Nibelungos, rimando «Mime» con «time» y «Alberich» con «ditch»,¹ porque no sabía cómo se pronunciaban los nombres en original. También se

1. *Mimir* es el dios de la sabiduría en la mitología nórdica; *time* se refiere al tiempo cronológico; Alberich es un hechicero de leyendas medievales, y *ditch* significa «dique». La pronunciación de las palabras emparejadas no corresponde para formar rimas. *N. del Trad.*

esforzó en sus estudios, mostrando una considerable aptitud para el latín y el griego. Sin embargo, no había un sentido de estabilidad ni una sólida sensación de seguridad, ni a lo largo del semestre escolar ni en su hogar durante las vacaciones, donde ni siquiera la compañía de su hermano podía aliviar del todo el ambiente opresivo de la gran casa, cuyas tediosas rutinas ya estaban enteramente dictadas por su padre.

A la edad de catorce años, consiguió una beca para estudiar clásicas en Malvern College.

*

«No solo resulta cada vez más difícil soportar esta persecución conforme pasa el tiempo, sino que incluso se está volviendo más severa». Jack Lewis, de quince años, estaba escribiendo a su padre desde Malvern. «Todos los mayores me detestan y no pierden ninguna ocasión de amonestarme verbalmente. Hoy, por no ser capaz de encontrar una gorra que un señorito necesitaba, me ha sentenciado a limpiar sus botas cada día tras el desayuno durante una semana. Es después del desayuno cuando en mi clase repasamos juntos las traducciones. De eso me ha privado. Cuando le pregunté si podía limpiárselas por la noche (un arreglo que, como te puedes imaginar, no le supondría ningún inconveniente), rechazó la propuesta, enfatizando su negativa con unas patadas que me hizo caer escaleras abajo. Así seguimos por aquí».

Malvern no era peor que la mayoría de los internados privados de la época, pero tampoco era mejor. Warnie había sido feliz allí —se marchó justo cuando Jack llegó— pero el hermano mayor era, a estas alturas de sus vidas, más resiliente que el pequeño. Jack cogió la manía al lugar casi desde el primer momento. No es que la docencia estuviera mal; al revés, tenía un excelente tutor de curso que lo animaba, y le felicitaban por su excelente trabajo. Sin embargo, los estudios académicos y la oportunidad de leer libros parecían desempeñar un papel tan

pequeño en la vida del lugar. Los días estaban prácticamente dominados por campanillas estridentes, gente corriendo, órdenes vociferadas por los chicos mayores, poco sueño y ninguna privacidad. Había dos cosas en particular que lo alarmaban. Una era la homosexualidad, especialmente los flirteos de los chicos mayores con los más jóvenes. La otra era el hecho de que Malvern, al igual que otros muchos internados privados, no fuera gestionado tanto por los empleados como por un grupo extraoficial de chicos mayores llamados los «Bloods».² La admisión a este grupo no dependía de cualificaciones formales, sino de ser «la persona adecuada», y conocer a «la gente adecuada». Además, una vez que uno de los mayores se convirtiese en uno de los *Bloods*, ejercía un poder considerable sobre sus compañeros. Aquellos *Bloods* con una inclinación abusiva natural, hacían la vida imposible a aquellos que resintieran su poder. Jack Lewis era uno de los que mostraban resentimiento. No tardó en convertirse en una víctima ideal, y después de dos semestres de persecución, había tenido suficiente. Lo que él tenía que soportar no era peor de lo que miles de otros chicos estaban soportando, pero no tenía ninguna intención de permanecer en el lugar y aguantarlo. No era ese tipo de persona. Cuando se enfrentaba a algo que odiaba, no lo toleraba, sino que le declaraba la guerra. Puesto que no podía enfrentarse en solitario a los *Bloods*, decidió que lo mejor sería largarse. Escribió a su padre: «Por favor, sácame de aquí cuanto antes».

Su padre era un hombre de ideas peculiarmente inconexas, y normalmente notable por sus decisiones equivocadas. Sin embargo, por una vez, hizo lo correcto. Sacó a Jack de Malvern y le envió al hombre que había sido su propio rector; ahora estaba retirado en Surrey, pero admitía algún que otro

2. En este contexto, el significado sería algo así como «los Matones». *N. del Trad.*

alumno privado. W. T. Kirkpatrick, alto y fibroso, era un ateo estricto que siempre se ponía su mejor traje los domingos para trabajar en el jardín. Esto, sin embargo, era el único ejemplo documentado de comportamiento ilógico; todas las demás facetas de su vida obedecían a principios estrictamente lógicos. Era un conversador temible, porque ninguna frase salía de su boca que no fuera implacablemente lógica. Cuando Jack Lewis se encontró por primera vez con su nuevo profesor en la estación de ferrocarril, el niño intentó entablar una conversación ligera y señaló que la campiña de Surrey era más silvestre de lo que se había esperado. «¡Alto!», gritó Kirkpatrick. «¿A qué te refieres con silvestre, y qué razones tenías para no esperarlo?». Jack hizo lo que pudo, pero cada respuesta fue refutada por ser producto de un pensamiento inadecuado. «¿Acaso no ves que tu observación carecía de sentido?», concluyó Kirkpatrick.

Bajo la tutela de «Kirk» en los dos años siguientes, el niño aprendió a formular todas sus observaciones como proposiciones lógicas, y a defender sus opiniones con argumentos. No es que «opinión» fuera un término admisible en aquella casa. «No tengo ninguna opinión sobre ningún tema», exclamaría Kirkpatrick con los brazos extendidos.

Poco después, Jack Lewis estaba aprendiendo a emparejar la mente de su profesor con una dialéctica propia, especialmente en sus cartas a un amigo de Belfast, Arthur Greeves, que era dado a realizar afirmaciones vagas e ilógicas, y quien, en consecuencia, se vio azotado por argumentos del estilo de Kirkpatrick. Greeves se identificaba con las creencias religiosas de su infancia, y cuando lo mencionó en una carta a Lewis, le cayó una diatriba. «Había pensado que estabas gradualmente emancipándote de las viejas creencias», declaró Lewis. «¿Sabes?, yo lo que creo es que no creo en ninguna religión. No hay prueba alguna que las justifique, y desde el punto de vista filosófico, el cristianismo ni siquiera es la mejor. Todas las religiones, es

decir, mitologías, por llamarlas lo que realmente son, no son más que invenciones humanas sea Cristo o Loki. A continuación, Lewis ofreció su propia interpretación del cristianismo: «Tras la muerte de un profeta hebreo llamado Yesua (cuyo nombre ha sufrido una corrupción para convertirse en Cristo), llegó a ser considerado un dios, surgió un culto que más tarde quedó vinculado a la antigua veneración hebrea de Yahweh, y así nació el cristianismo; una mitología entre muchas otras».

Lo cierto es que este ateísmo no fue el resultado de las clases de Kirkpatrick. El conocimiento de las opiniones de su tutor, y el acceso a los libros racionalistas de la casa sí alentaron a Jack, pero ya había empezado a abandonar sus creencias religiosas varios años antes, en parte porque le resultaba imposible rezar con sinceridad, en parte porque pensaba que el cristianismo no tenía mucha relación con el mundo mayoritariamente infeliz que lo rodeaba, y en parte también porque la Biblia no le gustaba como relato. O más bien: fue cuando leía los relatos paganos, sobre todo los mitos nórdicos, cuando experimentaba sus mayores sensaciones de placer. Comenzó a escribir una tragedia sobre los dioses nórdicos. El estilo era griego, con el título de *Loki encadenado*, y fue un intento de expresar tanto el atractivo de la mitología nórdica como su desprecio por la cosmovisión cristiana; en la obra de teatro, Loki se contrapone a Odín, el creador del mundo, declarando que semejante creación no era más que crueldad gratuita. Lewis también escribía poemas breves sobre el mismo tema, retratando a Dios como una fuerza bruta, cuyo odio ha dejado cicatrices en las vidas de los hombres.

Sin embargo, en su propia vida apenas había cicatrices ahora. Se sucedieron los días plácidos, uno tras otro. Leía a Homero bajo la tutoría de Kirkpatrick, caminaba por la campiña de Surrey, escribía poesía y hacía pedidos de innumerables libros de las librerías de Londres. «Qué ganas tiene uno de leer

todo», escribió a Arthur Greeves, y poco después quedaba poco en la literatura inglesa que no hubiera leído. Para ser ateo, encontró placer en sitios improbables. Sobre el relato de Malory acerca del Grial, dijo a Greeves: «Es muy bueno leer aquellas partes místicas a última hora de la noche, cuando uno está adormilado y cansado y entra en una especie de modo “exaltado”». Y cuando descubrió, en un puesto de venta de libros en una estación de tren, la novela de «hadass» *Phantastes*, de George MacDonald, afirmó que leerla había sido una «gran experiencia literaria». Mientras tanto, su progreso académico era bueno; de hecho, quedaba claro que tenía aptitudes para hacer carrera académica y ninguna otra cosa. «Tiene un talento admirable y conseguirá excelencia», escribió Kirkpatrick al padre de Lewis, «y probablemente también excelencia en asuntos literarios, pero es su único talento. De eso puedes estar seguro».

A finales de 1916, Jack Lewis consiguió una beca para estudiar en University College, de Oxford.

*

Era verano de 1917 y el primer semestre de Lewis como estudiante de grado había sido interrumpido, no inesperadamente, por haber sido llamado a filas, y ahora era un cadete uniformado. Su batallón se alojaba a la vuelta de la esquina, en Keble College. Los cadetes se alojaban en habitaciones de dos, por orden alfabético. Como consecuencia de ello, Lewis C.S. debía compartir dormitorio con Moore E.F.C. Muchos años más tarde, el hermano de Jack Lewis escribió en su diario: «Lewis y Moore. Bien podría haber sido Lewis y el Sargento Muggins, o Lewis y el Lord Molineaux, y todo habría quedado en el olvidado, pero fue Lewis y Moore, y cuando el secretario introdujo los nombres cambió de un modo permanente y casi inmediato el curso de varias vidas».

Jack Lewis no tenía un afecto especial por su compañero de habitación; le parecía que «Paddy» Moore era un poco infantil.

Pero la madre de Paddy, una irlandesa que llevaba mucho tiempo separada de su marido, había alquilado un piso cerca de Oxford para poder estar junto a su hijo, y cuando se conocieron, ella y Jack congeniaron tanto que poco después, él ya estaba pasando fines de semana en su compañía. Más tarde, cuando le dieron un permiso de un mes, pasó la mayor parte del tiempo en casa de los Moore en Bristol, y solo pasó los últimos días en casa de su padre, en Belfast. A su padre le sorprendió y dolió este reparto del tiempo de Jack.

Jack ya había tenido una o dos relaciones románticas incipientes. Durante sus días en Surrey se había enamorado de una chica refugiada belga que estaba hospedada en la vecindad, y la había mencionado en sus cartas a Arthur Greeves. «Creo que nunca había estado tan pillado por nada en mi vida, es una chica tan simpática». Más tarde, durante sus primeros meses en Oxford, había entablado una amistad muy cercana con una joven mujer de Belfast, que se encontraba en la ciudad acompañando a su madre. Sin embargo, antes de que tuviera tiempo para iniciar una relación romántica seria, conoció a la señora Moore.

Tenía cuarenta y cinco años, era irlandesa y muy vivaracha. Apenas tenía estudios y su conversación consistía sobre todo en cosas sin sentido, por lo que, desde este punto de vista, era una amiga muy extraña para Jack, pero había algo en ella que le hacía disfrutar de su compañía. Tal vez fuera simplemente que le hacía sentirse como en casa. Nunca estaba cómodo en su propia casa; la vida de su padre se regía por una rutina diaria irritante, y además no paraba de preguntar a sus hijos sobre sus vidas. Por esta razón, Warnie y Jack evitaban a su padre. Ahora que Jack había terminado su formación militar y estaba a punto de embarcarse rumbo al frente en Francia, envió un telegrama a su padre para pedirle que fuera a Inglaterra para despedirse. Su padre, típicamente, no entendió el telegrama y no

fue. No era de extrañar que Jack buscara afecto en la señora Moore.

Para cuando Jack partió a Francia, él y la señora Moore se comportaban como madre e hijo. En cuanto a su verdadero hijo, Jack dijo una vez (años más tarde, a su hermano) que la señora Moore y Paddy «no se llevaban nada bien». En la primavera de 1918, cuando Paddy desapareció en combate, y cuando su muerte fue oficialmente confirmada, la señora Moore escribió al padre de Jack para decirle que Paddy había pedido a Jack «que cuidara de mí si él no volvía». Esto se convirtió en la explicación pública de lo que pasó después, pero Jack probablemente habría cuidado de ella independientemente de si Paddy hubiese vuelto o no de la guerra.

*

El tiempo que Jack Lewis pasó en las trincheras fue breve, y, aunque le pareció horrible, la experiencia no le sacudió muy profundamente. A fin de cuentas, había tenido conocimientos sobre la guerra durante tres años antes de acudir al frente en persona. Era algo que sabía que iba a tener que soportar, y (a diferencia de los internados), nadie esperaba que le fuera a gustar la experiencia. Cuando finalmente llegó a la línea del frente, descubrió que era tan nefasta como se había esperado, pero no era peor.

Sin duda, recordaría para siempre lo que describió como «los hombres terriblemente machacados, moviéndose aún como escarabajos medio aplastados, los cadáveres sentados o colocados de pie». Y una sola vez introdujo algo de eso en su poesía:

«¿Qué, hermano, hermano,
Quién gimió?» — «Me han dado. Me han matado. Déjame
en paz».
—«Dame la mano, entonces. Alcánzame. No, la otra».

—«No me toques. ¡Idiota! ¡Maldito seas! Déjame». — «No veo nada.

¿Dónde estás?» Después, más gemidos. «Me han matado.

No tengo manos. No te acerques. No, pero quédate,

No me dejes solo ... ¡Oh, Dios! ¿Ya llega el día?».

(Estos versos provienen de su poema narrativo *Dymer*, escrito poco después de la guerra.) El propio Lewis fue herido por un fragmento de obús unos meses después de ir al frente. Pero cuando escribió su autobiografía, dedicó tres capítulos acalorados a los horrores de los internados, y tan solo una parte de otro —titulado «Fusiles y buena compañía»— a sus experiencias de la guerra. Dos comentarios sobre la guerra, en aquel libro, pueden servir para resumir su actitud. Tras dejar constancia de sus recuerdos de la vida animal en las trincheras, dice: «Está demasiado separada del resto de mi vida, y a menudo parece que le ha ocurrido a otra persona». El otro comentario describe su reacción al oír, por primera vez, el silbido de una bala: «En aquel momento hubo algo que no era exactamente como el miedo, y muchos menos como la indiferencia: una pequeña señal fluctuante que decía: “Esto es la Guerra. Esto es de lo que escribió Homero”».

*

En la primavera de 1918, cuando el herido Jack Lewis fue enviado a casa desde las trincheras, la señora Moore fue a Londres para estar cerca de su hospital. Más tarde, decidió recuperarse en Bristol, donde ella vivía. Una vez recuperado de sus heridas y de vuelta en el ejército, ella se pasó el resto de la guerra viajando de campamento en campamento, alquilando casas temporalmente para estar lo más cerca de él posible. Y cuando terminó la guerra en el otoño de 1918, y Lewis volvió a Oxford para seguir con sus estudios, ella recogió las cosas de su casa en Bristol y también fue a vivir a Oxford.

Encontraron una casa amueblada en la calle Warneford Road, en el este de Oxford, donde pagaban el alquiler a medias. Para ello, Jack aprovechaba el dinero que su padre le daba, y la señora Moore dependía sobre todo del dinero que le enviaba su marido, del que se encontraba muy distanciada y a quien llamaba «la Bestia». Oficialmente, Jack residía en University College, donde estudiaba Clásicas, pero en realidad pasaba todo el tiempo que podía en «nuestra casa alquilada», tal y como él la describía. «Después de comer», escribió a Arthur Greeves, «trabajo hasta la hora del té, y luego vuelvo a trabajar hasta la hora de cenar. Después, trabajo un poco más, algo de charla y ocio y a veces bridge, y después vuelvo en bicicleta al College a las 11. Entonces enciendo la chimenea y trabajo o leo hasta las 12, cuando me retiro a dormir, disfrutando del sueño de los justos». Esto podría haber sido su rutina en un día ideal, pero más a menudo, ocupaba el tiempo que pasaba en Warneford Road con alguna de las innumerables tareas domésticas que la señora Moore tenía por costumbre asignarle: ayudarla a hacer mermelada, fregar los suelos, sacar el perro a pasear, arreglar muebles rotos, llevar mensajes e ir de compras. No es que no intentase hacer estas cosas ella misma, pero se agotaba con facilidad —o al menos eso era lo que Jack pensaba— y aunque normalmente podían permitirse contratar a una chica, la señora Moore sospechaba de los sirvientes y no quería confiar estas tareas a la chica en cuestión. Solía decir de Jack que «es tan bueno, que es como tener una chica adicional». En cuanto a Jack, desarrolló una capacidad de trabajar en medio del caos doméstico. En una tarde típica, no pasaban más que unos minutos en la casa de Warneford Road sin que la estridente voz de la señora Moore le llamara para realizar algún trabajo; Jack dejaría el bolígrafo sobre la mesa con paciencia, acudiría a hacer lo que se le pidiera (por trivial que fuera), y después volvería para retomar su trabajo como si no hubiera

pasado nada. Lo llamaba «la exasperante tarea de tratar de salvar a D. de agotamiento». «D.» es como se refería a la señora Moore en su diario; ante otras personas la llamaba «Minto». Ninguno de los nombres tiene explicación.

Por extraño que parezca, este estilo de vida accidentado no le perjudicaba en sus estudios. Mucho antes, en sus días de Surrey, su tutor Kirkpatrick había informado a su padre que «Ha leído más obras clásicas que cualquier otro chico al que haya tutorizado; incluso podría añadir, más que cualquier otro chico que yo conozca, salvo quizás un Addison, un Landor o un Macaulay». Kirkpatrick también había dicho, en referencia al entusiasmo de Jack por su trabajo: «Es un estudiante que no tiene ningún otro interés que leer y estudiar. La misma idea de apremiarle o estimularle para que se esfuerce más, me provoca la risa». Sin embargo, dadas las distracciones en su vida con «Minto», la matrícula de honor que obtuvo en Clásicas en el mes de marzo de 1920, fue una hazaña.

Mientras tanto, a sus amigos y parientes les extrañaba la atípica relación que tenía con la señora Moore. Era fácil explicar el elemento de madre-hijo de la relación, teniendo en cuenta que habían sufrido la pérdida de una madre real y de un hijo real, respectivamente. Pero, ¿eso era todo? Algunas personas tal vez sospechasen de algún elemento romántico-sexual en la relación, y es posible que el padre de Jack tuviera esto en mente cuando se refirió a la misma como «la historia de Jack». Este tipo de especulaciones no fue sino acrecentado por el silencio del propio Jack, quien se negaba a hablar del tema con cualquiera de sus amigos cercanos. La única vez que Warnie Lewis le preguntó sobre la relación, su hermano le dijo que se ocupase de sus propios asuntos. En particular, Jack se esforzaba por mantener a su padre en la ignorancia respecto de la relación, haciéndole ver que residía en habitaciones normales junto con otros estudiantes de grado, y camuflando unas vacaciones que

pasó con «Minto» como una excursión a pie con un amigo de su college. Nada de esto ayudó a que la relación pareciera enteramente respetable.³

Por otra parte, nadie que conociera a Jack Lewis podía suponer seriamente que la señora Moore fuera su amante. Desde luego, hablaba de sexo en sus cartas a Arthur Greeves, pero solo en relación a la masturbación, y eso era probablemente lo único a lo que se refería en sus veladas y oblicuas menciones (en los libros que escribiría más adelante) de sus experiencias sexuales cuando era joven. En un nivel práctico, si hubiese tenido una relación sexual con la señora Moore, habría sido difícil evitar que los sirvientes cotilleasen sobre ello, por no hablar de que había otro miembro de la familia, Maureen, la hija de la señora Moore, que era ocho años más joven que Paddy y seguía siendo una niña.

Cuando este extraño arreglo doméstico en Oxford llevaba funcionando un año y poco, Jack pudo dejar el college definitivamente y convertir la casa que compartía con «Minto» en su residencia oficial. Eso sí, tuvieron que abandonar la casa de Warneford Road, y emprendieron una larga búsqueda de una casa permanente en la que pudieran meter los muebles de la

3. Warnie Lewis nunca fue capaz de explicar la relación. El 23 de noviembre de 1948 escribió en su diario, a propósito de una conversación que había tenido con una de las chicas de su casa de Kilns: «Cambié de tema, porque me di cuenta de que me iba a hacer la pregunta que tanto me cansa, y a la que, además, nunca encontraré una respuesta, a saber: ¿cómo alguien tan decente como J. pudo convertirse en el esclavo de semejante mujer? Resulta muy extraño lo difícil que es que te crean cuando dices la verdad. Todos los Inklings me han hecho la pregunta, y también Parkin [un amigo de sus días en el ejército], así como muchas de nuestras chicas y sirvientes: y cuando contesto, ateniéndome estrictamente a la verdad, que no lo sé, y que J. y yo nunca hemos hablado de esta parte de su vida, siempre tengo la impresión de que sospechan que mi respuesta obedece a una honorable discreción».

señora Moore. Parecía imposible encontrar una casa no amueblada por un alquiler moderado, y durante dos largos años se trasladaron de una casa a otra, alquilando habitaciones amuebladas o usando la casa de alguien que se había marchado fuera unas semanas. Entre 1918 y 1923 residieron en nueve casas diferentes, «la mayoría de las cuales viles», tal y como Jack señaló en su diario. En este tiempo, en una ocasión la señora Moore le dijo que «estaba totalmente convencida de que nunca volvería a vivir en una casa propia».

*

Hasta 1918, Jack Lewis había estado escribiendo poemas profundamente pesimistas, acusando libremente a un Dios cruel. No eran poemas muy buenos, literariamente, por lo que tenía suerte cuando Heinemann publicase un volumen de ellos en 1918, bajo el título de *Spirits in Bondage* [*«Espíritus esclavizados»*]. No atrajo la atención de casi nadie, y cuando Lewis fue a Oxford, nadie lo tenía en estima como poeta. De hecho, el gusto literario ya estaba cambiando, y descubrió que muchos de sus compañeros de clase que tenían interés por la poesía admiraban a T.S. Eliot y a otros exponentes de la poesía modernista. «Me temo que nunca seré un moderno ortodoxo», escribió Lewis a Arthur Greeves en octubre de 1918. «Me gustan los versos con métrica y no me interesan las descripciones de vómitos por mareo en el mar».

No era el único a quien le disgustaba la poesía moderna; no tardó en hacer amigos con varios estudiantes que compartían sus opiniones, quienes (al igual que él) querían seguir escribiendo poesía sin la influencia del nuevo movimiento. Entre ellos se encontraba Owen Barfield, un joven de Wadham College. Él y Lewis y varias personas más concibieron la idea, bastante ambiciosa, de publicar una edición anual de sus poemas; pero esta idea fue perdiendo fuelle. Sin embargo, siguieron leyéndose sus poemas unos a otros con interés, y compartían sus críticas.

Para cuando Lewis comenzó las lecturas para «Greats» [«los Grandes»], la segunda parte del curso de Clásicas (Historia y Filosofía Antigua), ya había abandonado el punto de vista pesimista de sus primeros poemas. También decidió dar la espalda a la sensación de maravilla que había experimentado al leer la mitología nórdica, Malory, George MacDonald, y muchos otros libros. En privado, a veces todavía podía sentir lo mismo, aunque no tan a menudo como antes, pero ahora llamaba a estas sensaciones «experiencias estéticas» y decía que eran valiosas, pero no muy informativas. En cuanto a la existencia de Dios, adoptó la postura de que «realmente daba lo mismo que existiera semejante persona o no». Todo esto lo denominaba su Nueva Visión. Desde luego, encajaba con la aproximación a la filosofía que imperaba en Oxford en aquellos tiempos; el implacablemente analítico positivismo lógico aún no había aparecido en escena, pero prevalecía una actitud de escepticismo que Lewis abrazó encantado.

En 1922, obtuvo la calificación de Sobresaliente en «Grandes».

*

Poco después, la señora Moore y él finalmente encontraron una casa que ofrecía un atisbo de permanencia. «Hillsboro» era un chalet en Headington, un suburbio de Oxford, que estaba disponible para alquilar sin muebles. La señora Moore sacó sus muebles del lugar donde los guardaba; Jack dedicó innumerables días a pintar y a colocar linóleo, y entraron a vivir. Esto, sin embargo, no entrañaba una tranquilidad doméstica, porque «Minto» seguía necesitando a Jack para toda clase de tareas, en parte gracias a su costumbre de abroncar a los sirvientes. Jack escribió en su diario que la incompetencia de una de las chicas se había convertido en «el único tema de conversación» con la señora Moore, y observó: «No le culpo a D. en absoluto, pero hace que la vida sea muy miserable».

Jack esperaba ahora encontrar un trabajo como profesor en Oxford. Sin embargo, no había vacantes universitarias en Filosofía, que era el tema donde más había destacado en «Grandes», así que, viendo que el bueno de su padre estaba dispuesto a seguir ofreciéndole su apoyo económico por un tiempo, se matriculó en Lengua y Literatura Inglesas, y terminó el grado en solo un año, un tercio del tiempo que la mayoría de los estudiantes normalmente necesitaba para completarlo. Esto implicaba aprender anglosajón y estudiar los principios de la filología, aparte de leer la literatura del periodo medieval hasta el siglo XIX. Naturalmente, ya tenía bastantes nociones de este campo, pero todavía le quedaba mucho terreno por cubrir, y resulta asombroso que pudiera hacerlo en el poco tiempo que le permitía su vida doméstica. En los meses en los que atravesaba el programa académico a marchas forzadas, estaba enseñando latín a Maureen, la hija de la señora Moore, y a la profesora de música de ella, como compensación por sus clases. Además, tutorizaba a la hija de una vecina como compensación por las clases que la madre de la misma daba a Maureen, y fregaba los platos después de casi todas las comidas y cenas. Durante dos semanas estuvo cuidando, día y noche, del hermano de la señora Moore, que había sufrido una crisis nerviosa en la casa. También estaba lidiando con una serie perpetua de lo que él llamaba «nidos de pesadillas de Minto» —crisis imaginarias de toda clase y condición— y con un flujo constante de visitantes y huéspedes de pago. La cosa más notable de todo esto era que hiciera todo esto sin apenas poner mala cara. Esto, tal vez, se debía en parte a que sabía que prácticamente todo el follón era por su culpa, y si se quejaba se exponía a la réplica justificada de que este arreglo doméstico debía su existencia a él. Pero en realidad fue su inagotable jovialidad la que le mantuvo a flote. Ya tenía la costumbre de lidiar con situaciones domésticas raras, gracias a la extraña vida familiar

que había tenido con su padre en Belfast, y en cualquier caso, no era un quejica por naturaleza. Al revés: se lo pasaba en grande con los extraños visitantes que aparecían en casa, a quienes él y la señora Moore daban mote: «el Canalla» para un grotesco inquilino francés, y «Borrón» para el inofensivo y un tanto indefinido profesor de música. Solo cuando surgió la posibilidad de que su hermano Warnie fuera a vivir con ellos, Jack le advirtió abiertamente sobre las «perpetuas interrupciones de la vida familiar — la pérdida parcial de libertad». Incluso en aquella ocasión lo suavizó, añadiendo: «Esto suena como si yo mismo estuviera harto de ello, o tratase de hartarte a ti, pero ni una cosa ni la otra es cierta. Yo mismo he tomado una decisión, y no me arrepiento de ella. La cuestión de si me ha salido bien o mal, si era conveniente o imprudente haberlo hecho originalmente, es un asunto meramente histórico: cuando uno ha creado una expectación, la cumple, naturalmente».

*

Sus primeras experiencias de las clases de Lengua y Literatura Inglesas en Oxford no le impresionaron mucho. «El ambiente de la Escuela de inglés», escribió en su diario tras una clase, «es muy diferente respecto de los Grandes. Predominan las mujeres, los indios y los norteamericanos, y tengo la sensación —no sé muy bien por qué— de cierto sabor a aficionado en las conversaciones y el aspecto de la gente». Muchas clases le parecían muy pobres, y los pormenores filológicos no le inspiraban mucho entusiasmo, como las oclusiones glóticas o los cambios vocálicos, de los que comentó: «Muy interesante en sí, supongo, pero no termino de entender qué pinta la fisiología en la Escuela de Inglés». Sin embargo, estaba cómodo entre los Martlets, la sociedad literaria de University College, que se reunía para escuchar ensayos leídos por sus miembros. Lewis a menudo contribuía con exposiciones monográficas sobre sus

autores favoritos. Dio una charla sobre William Morris, y otra sobre Spenser. Después de las lecturas había debate, que a veces se convertía en pirotecnia intelectual, porque, al igual que Lewis, muchos de los miembros de los Martlets tenían un buen dominio de la filosofía. Disfrutaban exhibiendo su sentido de lógica, tal y como sucedía también con Lewis, porque pensaba que tenía una mente bien entrenada para la argumentación. Siempre se encontraba en primera línea de cualquier batalla dialéctica al final de una noche con los Martlets, y también disfrutaba dando paseos enérgicos con otros miembros de la sociedad, durante los cuales se daba continuidad a algún argumento intrincado de la reunión precedente. Este tipo de conversaciones a menudo asumía el carácter de duelo intelectual con fines deportivos, y Lewis juzgaba la actuación de él y de su adversario tanto por el método como por el contenido. «A pesar de muchas respuestas acertadas, al final mordí el polvo», dijo después de uno de estos duelos, llevado a cabo mientras él y un amigo caminaban por los prados en los confines de Oxford, y añadió: «Ninguno de los dos estábamos en muy buena forma dialéctica».

No solo se dedicó a la argumentación lógica entre los Martlets. Era, desde luego, un tipo de conversación que buscaba allá donde pudiera encontrarlo, sobre todo porque suponía un alivio de la cháchara ilógica de la señora Moore; y juzgaba a sus amistades en función de su capacidad de mantener este tipo de conversaciones, despreciando a hombres que se limitaban a relatar anécdotas o meramente a transmitir información. Tampoco le interesaban los hombres frívolos o cínicos. Para llevarte bien con Lewis había que argumentar tanto con el corazón como con el cerebro; había que mantener las opiniones con pasión y defenderlas con lógica. No es de extrañar que pocas personas estuvieran a la altura de estas exigencias.